

Moral

SINRAZONES CONTRA LA CASTIDAD REFUTA- DAS EN LA ENCICLI- CA SACRA VIRGINITAS

La encíclica *Sacra virginitas*, interesantísima en todo su amplio contenido lo es sin embargo, especialmente en la rectificación de diversas desviaciones antiguas y modernas relativas a la castidad. Son muchos los que combaten contra la virtud angélica en el terreno de la práctica y en el de la teoría. Unos, los más radicales, le niegan hasta la posibilidad; otros rebajan su excelencia juzgando en todo caso más perfecto el estado matrimonial; hay quienes la eligen sin la debida premeditación; y abundan los que en su defensa y conservación emplean una táctica desatinada y contraproducente.

En su reciente encíclica *Sacra virginitas*, S. S. el Papa Pío XII les sale al paso a todos los equivocados, corrigiendo sabiamente sus errores.

I

Comencemos por los enemigos más extremos, los que niegan la misma posibilidad de la castidad perfecta. Algunos hasta pretenden elevar este error al rango de los principios inconcusos; otros, mucho más numerosos, no teorizan; se contentan simplemente con adoptar la correspondiente actitud práctica. Tal error es muy explicable. Los que en la observancia de la castidad fracasan, es natural se inclinen a creer en la imposibilidad de esta virtud. Esta opinión sirve para adormecer la propia conciencia, para ahorrarse la vergüenza de la derrota; para suprimir obligaciones que frenan enojosamente sus

propias pasiones. El entendimiento, al servicio de la pasión, se entrega a la tarea de fabricar argumentos. La tendencia sexual —afirman— es la principal, la más fuerte del organismo humano, es sencillamente incoercible. Quienes se empeñen en refrenarla —continúan— se expondrían a perturbar gravemente sus energías vitales, sus nervios, el equilibrio de su personalidad. He aquí el error.

La verdad va por otro camino; es la que expone Pío XII, tomándola en parte de Santo Tomás, y podría compendiarse así: El instinto más fuerte en el hombre es la mira a la conservación del mismo individuo. La inclinación sexual ocupa el segundo lugar, y está sometida al dominio del síquismo superior, al gobierno del entendimiento y de la voluntad. Es cierto que las potencias corporales y las pasiones humanas, profundamente perturbadas por el pecado original, tienden a dominar y dirigir la actividad de nuestros sentidos, a entenebrecer nuestro entendimiento, a debilitar y doblegar nuestra voluntad. Pero la gracia que se nos da por los merecimientos de Jesucristo, viene en nuestro auxilio y nos capacita para reducir nuestro cuerpo y pasiones a servidumbre, y concretamente para dominar la tendencia sexual, sin detrimento del equilibrio somático y síquico. No lograremos ordinariamente suprimir todos los movimientos peligrosos; si podemos, con la divina gracia, evitar la complacencia voluntaria y la culpa. Tan gloriosa victoria no puede lograrse sino a costa de un esfuerzo generoso y constante; será preciso evitar, no sólo los actos directamente contrarios a la castidad, sino también los estímulos y las ocasiones peligrosas. El buen estratega no se contenta con resistir el ataque inmediato del enemigo; hace lo posible por impedir o debilitar sus acometidas, desbaratando sus preparativos remotos. Reconocemos que este empeño es, al menos frecuentemente, trabajoso. Pero quien retrocede ante la dificultad, hablando de imposibilidad, a sí mismo se gradúa de cobarde. Precisamente esa pelea esforzada y perpetua resulta una saludable gimnasia espiritual que mantiene vigoroso y templado el espíritu, y lo prepara para triunfar en las más arduas empresas. En consecuencia, el combate de la pureza no menoscaba la propia personalidad, antes la desarrolla y fortalece.

II

La castidad tiene otros enemigos que proceden más moderada y sutilmente.

Conceden la posibilidad de la continencia perfecta, pero rebajan su dignidad postponiéndola al matrimonio. Los pretextos en los que apoyan sus opiniones son varios. "Afirman algunos que la divina gracia, dada por virtud del sacramento del matrimonio, santifica de tal manera el uso del mismo, que lo convierte en un instrumento para unir a las almas con Dios, más eficaz que la misma virginidad, ya que el matrimonio cristiano es un sacramento y la virginidad no lo es". (Los párrafos entrecuadrados están tomados literalmente de la encíclica). Consiguientemente "llegan a aseverar que sólo el matrimonio es capaz de dar a la personalidad humana su natural desarrollo y perfección".

- Es demasiado afirmar; el argumento falla manifiestamente. "El sacramento del matrimonio da a los esposos gracia divina para cumplir santamente los deberes conyugales, y estrecha los lazos del amor mutuo, pero no ha sido establecido para convertir el uso matrimonial en el medio de suyo más apto para unir las almas directamente con Dios mediante el vínculo de la caridad". Esta es la doctrina del Apóstol San Pablo, cuando concede a los esposos el derecho de abstenerse temporalmente para entregarse a la oración, precisamente porque esta abstención dispone al alma para el trato con Dios.

Pero los defensores exagerados del matrimonio presentan otros argumentos. Pretenden que "la ayuda mutua que los esposos buscan en el matrimonio cristiano sea un medio de santidad más perfecto que la soledad del corazón de las vírgenes y de los célibes". ¿Qué hay de verdadero y qué hay de falso en tal afirmación? El estado de castidad perfecta supone ordinariamente la renuncia a un amor humano, el amor conyugal, y la convivencia y múltiple ayuda mutua correspondiente. Pero este sacrificio se hace precisamente en aras y para favorecer un amor, una unión e intimidad superior: la amistad con Dios. Dios nuestro Señor, dador de todo bien y que no se deja vencer en generosidad, se convierte en el mejor auxiliador y esposo de las almas que, por su amor, servicio y gloria sacrificaron las perspectivas del matrimonio. ¿Quién se empeñará en sostener que el cambio es desfavorable a los seguidores de la castidad? Por el contrario, nadie como ellos, supuesta la debida fidelidad, se encuentra en mejores condiciones para que el Señor se les comunique y los llene de sus dones, de manera que lleguen

a gozar de la maravillosa plenitud de vida espiritual que expresó San Pablo en aquellas rebosantes palabras: "Ya no vivo yo, es más bien Cristo el que vive en mí".

En este pleito por la supremacía entre el matrimonio y la castidad perfecta, los partidarios del matrimonio insisten de nuevo desde el punto de vista del apostolado y de las necesidades de la Iglesia en nuestros días. Se esfuerzan por imponer y difundir la idea de que "la Iglesia tiene más necesidad de la ayuda y del testimonio de vida cristiana de los casados que viven en el siglo mezclados con los demás, que de los sacerdotes y las vírgenes consagradas". La consecuencia práctica de dicha opinión es clara. A quienes se sienten llamados a la vida de castidad perfecta, sería preciso aconsejarlos, disuadirlos de sus pretensiones, reorientarlos hacia la vida matrimonial.

"Semejante opinión es a todas luces falsísima y muy perniciosa". Estará muy bien empleado todo el trabajo que ponga en dar a conocer a los casados y a cuantos se sienten llamados al matrimonio, las amplias posibilidades que su estado les ofrece para trabajar en favor de la Iglesia; muy laudable será todo empeño por lograr de ellos que contribuyan según sus posibilidades al apostolado seglar en sus diversas formas. Pero defendemos lo bueno sin detrimento de lo mejor. "El que por dicha razón aconseja preferir el matrimonio a la vida consagrada totalmente a Dios, sin duda invierte y trastorna el recto orden de las cosas". Tanto más cuanto que en nuestros días son desgraciadamente pocos los que generosamente se deciden y consagran al divino servicio.

Un último ataque contra la castidad nos la presenta como delito contra la sociedad. Tal es la desorbitada acusación de que, los que profesan la castidad perfecta, abandonan y dejan de pertenecer en cierto modo a la sociedad humana.

No se ve qué fundamento pueda tener esta dificultad fuera de la pasión. Los sacerdotes, los religiosos y las religiosas siguen perteneciendo a la sociedad humana. Si se retiran un poco, no es para quedar excluidos, sino para lograr más eficazmente su propio bien y el bien de la misma sociedad a la que prestan auxilios eficacísimos en las formas más variadas: inmóvil propia, oración, apostolado de la caridad. De la educación, de la predicación, de la plu-

ma etc. Valga por lo mucho que podría decirse en esta materia el ejemplo de las religiosas: "Las vírgenes consagradas que consumen su vida sirviendo a los pobres y enfermos, sin distinción de raza, posición o religión ¿por ventura no se asocian íntimamente a sus desgracias y dolores y se afectan tiernamente como si fuesen sus madres?" Sería ceguera excesiva no reconocer el auxilio y consuelo que su actuación ofrece a la humanidad.

III

Todos los errores anteriormente mencionados falsean el criterio que ha de presidir la elección de estado. Es natural que quienes equivocadamente tienen el estado de castidad perfecta por imposible o menos perfecto, como por otra parte dicho estado contraría molestanamente a las pasiones más violentas, no se ocupen de él sino para descartarlo de sus miras. Independientemente de dichos errores, puede también la elección fallar por irreflexión, determinando equivocadamente ya el rechazo ya la elección de la castidad. Para evitar la ligereza irreflexiva en la aceptación de la castidad y las funestas consecuencias a que pudiera dar lugar, es necesario tener presentes algunos principios indiscutibles. "Ante todo se debe declarar abiertamente que, de que la virginidad sea más perfecta que el matrimonio, no se sigue que sea necesaria para alcanzar la perfección cristiana", al menos ordinariamente. La castidad es consiguientemente aconsejable, no obligatoria. Por otra parte la castidad es una virtud difícil, "exige almas fuertes y nobles, preparadas a luchar y vencer por el reino de los cielos". "Para muchos efectivamente, la continencia perpetua sería una carga demasiado pesada, y no se les puede aconsejar". La consecuencia es clara: se ha de proceder con mucha prudencia. Antes de optar por la castidad perfecta es necesario un examen detenido. Si el pretendiente se siente demasiado débil para prometerla y cumplirla, oiga con humildad el consejo que en tal caso da San Pablo: "mejor es casarse que abrazarse" (1 Cor. 7, 9), desista a tiempo de su pretensión y evite "meterse por un camino que no tenga fundada experiencia de poder recorrer hasta el fin con seguridad y éxito feliz".

Por el contrario, una vez elegido con el miramiento indicado el camino de la castidad perfecta, decídanse a recorrerle generosamente, valiéndose de todos

los medios a su alcance y poniendo su confianza en Dios. "Porque Dios no manda cosas imposibles; sino que, al imponerlas, te enseña a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas, y da su ayuda para que puedas". "Recordamos esta verdad consoladora a aquellos cuya voluntad se halla debilitada por enfermedades nerviosas, y a quienes algunos médicos, aún católicos, persuaden con excesiva facilidad de hacerse dispensar de su obligación, bajo el especioso pretexto de que no pueden observar la castidad sin detrimento del equilibrio mental. Cuánto más útil y oportuno sería ayudar a tales enfermos a robustecer su voluntad, y convencerles de que ni aún a ellos es imposible la castidad, según la sentencia del Apóstol: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; sino que en la misma tentación dará su gracia para que podáis resistir".

IV

Pío XII habla ampliamente de los numerosos medios ya tradicionales que salvaguardan la castidad: vigilancia, mortificación, evitación de las ocasiones, respeto y educación del pudor, oración y sacramentos, devoción a la Santísima Virgen. Uno de estos medios es de especial actualidad por los errores contrarios que insistentemente se dejan oír en nuestros días: la huída de las ocasiones peligrosas, y la pronta elevación de la mente a Dios en cuanto la tentación se deja sentir. Toda la tradición cristiana, apoyada en los consejos de la Sagrada Escritura, ha insistido en presentar y ponderar este medio preventivo como uno de los más eficaces. "Para defender la castidad—escribió San Jerónimo— es preferible la huída a la batalla en campo abierto: huyo para no ser vencido".

Pero en nuestros días hay quienes juzgan anticuado el sentir de la tradición. Piensan algunos que todos los cristianos, en general y principalmente los ministros sagrados, no deben ser segregados del mundo, como en tiempos pasados, sino que deben estar presentes en el mundo, y por tanto tienen que afrontar el riesgo". Tres razones aducen en apoyo de esta opinión: la experimentación de las propias fuerzas, la insensibilización, la capacitación para comprender y salvar al mundo palpando su ambiente. "Véanlo todo... para que se manifieste si son capaces de resistir... para que se acostumbren a contemplarlo todo con ánimo sereno y se inmunicen contra cualquier géne-

ro de tentaciones. Y esto lo permiten con el pretexto de que hoy en día son muchos los que se sacian de tales espectáculos y lecturas (malas), y es necesario entender su manera de pensar y sentir para poderlos ayudar”.

“Salta a la vista lo falso y desastroso de ese modo de educar al clero (y en general a la juventud), y de prepararlo a conseguir la santidad propia de su misión. El que ama el peligro, perecerá en él. Y resulta aquí muy oportuno el consejo de San Agustín: No me digáis que tenéis alma pura, si tenéis ojos impuros; porque el ojo impuro es mensajero de un corazón impuro”. “La Iglesia, apoyada en estos principios, ha dado sabias y oportunas normas para alejar de los sacerdotes los peligrosos atractivos que fácilmente pueden influir en cuantos se hallan en medio del mundo...” “Con mayor razón conviene apartar del tumulto mundano al clero joven” (y por las mismas razones a toda juventud que aspira a la guarda de la pureza). “¿Qué jardinero expondrá jamás a las tempestades una planta de valor, pero aún tierna, para probar una robustez que todavía no posee?”.

— — — —

Esta prudente estrategia que consiste en mantenerse alejado de las situaciones peligrosas o desfavorables ha de asegurarse, perfeccionarse y hacerse instintiva mediante el respeto y la educación del pudor. Por desgracia el ambiente social y aun frecuentemente el familiar y escolar de nuestros días, no es precisamente el clima favorable que requiere la flor delicadísima del pudor. Esta hostilidad ambiental es una razón más para que los educadores refuercen la defensa del pudor. “Los educadores de la juventud clerical (y de la juventud en general) harían obra mejor y más útil, inculcando en las almas de los jóvenes los principios del pudor cristiano, que tanto ayuda para conservar incólume la virginidad”. El Papa indica a continuación sus fundamentos y sus

frutos. “El pudor se alimenta del temor de Dios, ese temor filial basado en una profunda humildad cristiana, que nos hace huir con suma diligencia de todo pecado... infundiendo en el ánimo la debida reverencia al cuerpo que es miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo”. Consiguientemente el pudor bien puede llamarse la prudencia de la castidad: instintivamente adivina y evita las ocasiones peligrosas, no gusta de palabras torpes, aborrece aun la más leve inmodestia, se retira apenas siente despertarse la seducción. “Tal recato no se ha de entender de manera que equivalga a un absoluto silencio, hasta excluir en la formación moral aun el modo reservado y prudente de hablar. Sin embargo, en nuestros tiempos algunos educadores más veces de lo que fuera menester, han creído ser oficio suyo iniciar a niños inocentes en los secretos de la procreación, de un modo que ofende el pudor”. El pudor mismo inspirará la ocasión propicia, la moderación necesaria y las expresiones convenientes.

V

Hemos expuestos los principales errores modernos relativos a la castidad, y a cada uno de ellos le hemos señalado el correspondiente antídoto. El remedio completo, sin embargo, se encuentra en el amor intenso a Jesucristo, Esposo virginal de las almas puras, y en el amor e imitación de la Reina de las vírgenes, la única que ostenta junto al fruto más precioso de la maternidad, la flor de la más pura virginidad. El ejemplo de la Santísima Virgen ha conducido en todos los tiempos a incontables almas por el camino de la castidad hacia la intimidad con Jesucristo y hacia la santidad. Por esto Pío XII, al fin de la parte consagrada a los medios de preservación, escribe: “Un medio excelente para conservar intacta y sostener la castidad perfecta... es el de una sólida devoción a la Virgen Madre de Dios. En cierta manera esta devoción contiene en sí todos los demás medios”.

V. CANTERA, S. J.

